

Pilar Máynez, *Breve antología de cuentos indígenas. Aproximación a la narrativa contemporánea*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004.

Fruto de la Cátedra Especial Miguel León-Portilla —que el Instituto de Investigaciones Históricas le otorgó por segundo año consecutivo— la doctora Pilar Máynez nos entrega una selección narrativa que creo, bien merecía el título de “Breve y bella antología de cuentos indígenas”.

Sobre el título de la obra, quiero agregar que si bien el calificativo de “breve” describe su extensión, éste contrasta con el cúmulo de tareas que el lector percibe “tras bambalinas”. Y es que el trabajo debió ser tan vasto, que aún con imaginación es difícil trazar la ruta que Pilar siguió para lograr esta bella antología. Supongo que debió iniciar con el planteamiento interno de lo que se debe entender por “cuento indígena”, reflexión de difícil salida considerando la indiferencia asentada por los estudiosos de las letras contemporáneas a las creaciones indígenas. Empero, esta definición es obligada si se pretende explorar el universo en expansión de las creaciones indígenas literarias, que provienen de familias lingüísticas tan fértiles y dispares como el enigmático y solitario purépecha y el robustísimo tronco mayense. Seguramente, dejó pendiente una respuesta definitiva y se dio a la tarea de revisar textos contemporáneos de toda índole: mitos, leyendas de seres sobrenaturales, creencias religiosas, anécdotas, descripciones de fiestas y costumbres, diálogos entre hombres y animales, relatos de tareas agrícolas y de hechos históricos, entre muchos más.

En este punto de la ruta imaginaria nos encontramos frente a un enorme conjunto de textos dispuestos como gruesos ladrillos formando las paredes de un laberinto sin salida... entrar en él equivaldría al extravío mental. ¿Qué hacer con textos tan distintos? ¿cómo clasificarlos por géneros? ¿cómo analizarlos desde el punto de vista literario? Afortunadamente, Pilar enfrentó el reto y superó el escollo, abocardó un muro, se asomó en el hueco y descubrió un camino por el que continuó su aventura.

En la introducción a esta antología, la autora plantea la necesidad de adecuar el concepto convencional de cuento en la tradición literaria occidental al contexto cultural indígena. Nuestra antologista reconoce que como parte de la narrativa, el cuento en estas tierras cumple con el canon del género, en el sentido de que es un relato lineal que se ocupa de un solo incidente sin desviar la atención del lector; o dicho de otra forma es un “limitado continuo” que se enfrenta a un “ilimitado discontinuo” que es la novela. Esta afirmación se cumple en muchos relatos indígenas, sin embargo aún hay mucho

que decir y distinguir de ellos. Por ejemplo, en el “cuento indígena” es casi imposible reconocer los límites entre la intervención de la tradición y la creación original, entre las aportaciones individuales y las colectivas. Están pendientes las reflexiones sobre el papel de la oralidad y la escritura alfabética para perpetuar esta literatura y sobre su aparente discontinuidad histórica en la época colonial así como las razones de su renacer en décadas recientes. No es que no haya estudios al respecto, claro que los hay, y muy profundos, como los de Miguel León-Portilla y Carlos Montemayor, entre otros, pero hablamos de una literatura expresada en más de cincuenta lenguas, cada una con saberes particulares y creaciones en géneros diversos. Sin duda, somos testigos de los trabajos pioneros en el estudio de esta literatura y entre ellos contamos los de Pilar Máñez.

Volviendo a la obra que nos ocupa, considero que si bien la introducción se entiende como un estudio en el que la autora expone su posición teórica sobre la naturaleza de la literatura indígena, también la entiendo como una exhortación a sumarse a los manifiestos artísticos de los pensadores indígenas que exigen que sus letras dejen de verse como mera expresión folclórica y se asuman como creaciones artísticas de alto valor estético, contenedoras de cosmovisiones y filosofías, amplias ventanas para visualizar sus culturas.

La concepción general de la obra es innovadora pues tras el estudio introductorio, la autora ofrece una serie de seis secciones correspondientes a las obras seleccionadas, por supuesto, equivalentes al mismo número de lenguas. Cada sección está compuesta por un comentario en el que el lector no especializado se acerca a las características básicas de cada una de las lenguas en las que se concibieron estas obras, además de brindar un análisis sobre el contenido de las piezas. También incluye en cada sección una transcripción de las obras originales, escritas en las lenguas maternas de los autores: náhuatl, maya, purépecha, mazateco, rarámuri y zapoteco del Istmo; y a modo de remate, ofrece la traducción de los mismos, realizada en varios casos por los propios autores. Confieso que tras leer el primer conjunto de comentario y traducción del cuento náhuatl “Sueños y recuerdos de un comunero” de Marcos Matías Alonso, sentí la necesidad de invertir el orden de la lectura en los siguientes conjuntos, iniciando por el cuento y leyendo después el comentario, experiencia que resultó grata y porcedí a leer el resto de la obra de esta manera. Queda a criterio del lector el ensayo de este proceder.

Pasando a un tema muy distinto, quiero referirme brevemente a los significados de publicaciones como ésta entre los pueblos indíge-

nas. Entre ellos, estas obras pueden redundar en una cascada de consecuencias positivas.

Debemos reconocer que en la inmediatez, la mayoría de los indígenas no podrá acceder directamente a la lectura de su literatura pues desafortunadamente el analfabetismo persiste entre ellos, como un cáncer incurable. De los que saben leer, la mayoría sólo lo puede hacer en castellano y no en su propia lengua. Ante este desolador panorama, a modo de exigencia, la autora propone la revaloración de la oralidad como parte de la literatura indígena. Este mismo panorama compromete a los pensadores indígenas que por fortuna han logrado acceder a la educación formal, incluso a nivel de posgrado. Ellos son agentes de cambio social en tanto pueden diseñar sistemas de educación bicultural, registrar sus tradiciones orales, participar en programas de alfabetismo y fomento a la lectura, proponer convenciones ortográficas para el registro de sus lenguas, en pocas palabras, revalorar su lengua y sus expresiones artísticas y actuar en consecuencia. En esto, labores como la del etnolingüista mazateco Juan Gregorio Regino —uno de los autores antologados— merecen especial reconocimiento.

Otra probable consecuencia es la red de relaciones que se puede tejer entre estos pensadores. La Casa de los Escritores en Lenguas Indígenas apenas es el precedente para un mar de intercambios culturales formales entre pensadores de distintos pueblos, algunos vecinos ancestrales y otros no tanto. Instituciones como ésta bien pueden ser espacios de creación de teorías literarias en las que se establezcan criterios para el reconocimiento de sus géneros.

Hoy se experimenta un resurgimiento de la producción poética, narrativa y dramática entre los pensadores indígenas modernos, en estas creaciones se descubren tanto el pensamiento ancestral como las inquietudes actuales. La universalidad de sus temáticas nos muestra que su condición humana es exactamente igual que la del resto de la humanidad, lo que de entrada se antoja obvio, pero que desafortunadamente muchos no lo entienden así.

En esta antología, el lector puede apreciar el mosaico temático de los relatos de los pueblos originarios, sus fantasías, anhelos, preocupaciones y esperanzas. El contenido de estos cuentos es sumamente diverso, podemos contagiarnos del desengaño social que experimenta el migrante que sale de su pueblo vislumbrando un porvenir que sólo existió en su mente, como nos lo muestra Marcos Matías, que narra su propia experiencia añorando la tierra de su milpa entre las uñas. También percibimos las funciones mágicas de personajes como la muerte, que tiene un encuentro sorpresivo con una anciana,

en el cuento maya de María Luisa Góngora. Los relatos fantásticos siempre han ocupado un lugar especial en la mente indígena y al parecer, lo seguirán haciendo, quizá porque en ellos vemos expresadas las creaciones de dimensiones existenciales que se fugan de este mundo y a pesar de ello, le pueden ocurrir a cualquier individuo, como sucede con los relatos de los días de Todos Santos y las experiencias de los hombres en el monte, espacio donde el hombre queda sujeto a la voluntad de seres sobrenaturales. En la antología se hacen presentes estos relatos en el cuento purépecha sobre las ofrendas de Días de Muertos de Nelson Jerónimo Cayetano; en lo que le sucedió a un hombre con un grupo de osos, con los que experimentó virtudes como la amistad, convencionalmente entendidas como propias del hombre, en el cuento rarámuri contado por Miguel Velazquillo, y en el cuento de los cazadores de palomas de Macario Matus, proveniente del istmo zapoteco. El cuento de Juan Gregorio Regino, sobre Naxú, una joven mazateca de familia acomodada que se enamoró de un labriego de nombre Xungá es una de las piezas más logradas de la antología. La joven experimenta una lucha interna consigo misma tras resistirse a reconocer sus sentimientos ante los prejuicios sociales y la posibilidad de superar este trance le vale la vida misma.

Los pueblos originarios dejan ver en su literatura su deseo de arraigo a lo propio y a la vez, su necesidad de incorporación a la modernidad; dejan ver problemáticas sociales como la migración, pobreza y la esperanza de concordia en la convivencia con los muchos “otros”, algunos parecidos al referente y otros muy distintos a él.

La doctora Pilar Máynez, humanista, preocupada por todo lo que envuelve a las expresiones lingüísticas, se compromete con ellas y difunde su valoración, aportación notable en el contexto histórico imperante; prueba de ello es esta *Breve antología de Cuentos Indígenas*.

SAIVADOR REYES EQUIGUAS